



## Capítulo 20

# Del Viento, el Poder y la Memoria

Materiales para una lectura crítica  
de Miguel Gutiérrez

Cecilia Monteagudo | Víctor Vich  
editores



Pontificia Universidad Católica del Perú  
FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: octubre de 2002

*Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez*

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

Fax: 330-7405

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-4572

ISBN: 9972-42-503-7

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## HISTORIAS DE BANDOLEROS Y GAMONALES

por Maynor Freyre

CON UNA PROLÍFICA ACTIVIDAD CREATIVA, realmente envidiable, el novelista piurano Miguel Gutiérrez Correa acaba de poner en circulación —apenas nueve meses después de su anterior voluminosa obra, *La violencia del tiempo*— su cuarta novela. *La destrucción del reino* es el título de la flamante obra que en pulcra y exquisita edición, hecha por Carlos Milla Batres, combina la proficua imaginación del escritor con unas enigmáticas y a la vez magníficas fotografías del también piurano Julio Olavarría, donde aparece un niño cubierto por un misterioso velo recorriendo lo que se supone el perdido mundo de su infancia en el soleado rincón piurano denominado Monte de los Padres, que para don Zuriel Mendoza, maestro primario y una de las fuentes tomadas por el escritor, «[...] simboliza el mundo feudal piurano erigido sobre el profanado espacio de los gentiles».

«Entre residuos de algodón, y con gesto de llanto, veo al niño con el velo en el umbral de la casa ruinoso, donde todo se halla corroído, despedazado; las pilastras, los muros y paredes, las puertas y ventanas, las escalinatas, el embaldosado. Con cada pie en dos estribos distintos del tiempo, el niño había emprendido un peregrinaje en pos del reencuentro, la unidad y la comunicación con el reino de la infancia». Este párrafo nos explica la génesis y desarrollo de la novela de Gutiérrez que, requerido para escribir unos pies de fotos o leyendas a las mismas, terminó escribiendo una singular obra de ficción.

Para ello recurre a las supuestas historias que va recogiendo el niño del rostro velado de las conversaciones de sobremesa que se dan en los diversos ambientes familiares de la casona señorial: el amito de los amigos de papá, de las señora que conversan con la madre y de los sirvientes que lo acogen en la cocina. De esta manera, Gutiérrez nos devuelve, aparentemente, al mundo que ficcionara en su segunda novela, *Hombres de caminos*, pero no para mostrarnos las aventuras de los bandoleros, sino lo extremado de sus pasiones, sus extraños códigos, el empuje irreversible de sus decisiones.

Entonces se va descubriendo la pericia del narrador, cuando nos hace penetrar a una atmósfera donde la vindicta se apoya en supuestos designios recogidos de la Biblia (caso de Laureano Carnero) para vengar la afrenta cometida por un grupo de traidores contra un padre al que nunca se amó; como en principios de valor (caso de la Zarca) en los que, aun amando hasta el delirio, solo con la muerte puede expresarse esa inconmensurable pasión.

Surge también la irrefrenable lucha por el poder entre los grandes terratenientes, las artimañas de que se valen cuando ya el sentido del honor no se lava con el duelo a muerte, sino con argucias que alcanzaban hasta el vil recurso del envenenamiento para resolver antiguos enfrentamientos.

Edípico, Gutiérrez nos interna en el mundo del incesto (caso de Artidoro Alberca) que, aunque no consumado, se va incluyendo a lo largo de una tenebrosa historia que termina en el matricidio ejecutado por un hombre que extrañamente va guardando su castidad, pese a continuos requerimientos y acosos, hasta consumir su crimen. «Como se sabe, *Crimen y castigo* es, en lo esencial, la historia de un remordimiento [...]», nos recuerda el autor al respecto, para preguntarse enseguida: «Ignoro si Artidoro Alberca, que nunca ocultó su crimen, alcanzase después alguna gloria... pero mientras duró el juicio oral no dio muestras de arrepentimiento y permaneció allí, sentado, hermético, distante e inmune a la arrolladora y majestuosa retórica del nuevo fiscal de la Corte Superior de Piura».

Es evidente que esta mención a Fedor Dostoievski por parte de Gutiérrez, pretende alcanzarnos una clave para descifrar el emparentamiento de su novelística que, por cierto, es de una frondosidad de muchas y variadas ramas. Inclusive, se endeuda con sus dos anteriores obras, al retomar un personaje de *Hombres de caminos*, Carmen Domador, y al darnos, por otra parte, una versión distinta sobre los amores de Odar Benalcázar con Primorosa Villar en Congará, tema de la *Violencia del tiempo*, desdiciéndose a sí mismo en lo anteriormente relatado; esto gracias a la versión de una de las «[...] madres, esposas, hermanas de hacendados, o viudas propietarias de fundos [...]» que recoge el niño del velo.

El ritmo narrativo es casi cinematográfico, de suelta agilidad, con un preciso sentido del humor. «Más adelante, cuando veía las seriales de Durango Kid en el destartado cine de Morropón, se preguntaba [el niño del velo] si Froilán Alama había sido “el joven” o “el malhechor” de la película de la vida [...]», indaga el autor en la página 62. No es de extrañar pues muchos escritores contemporáneos han confesado la influencia del cine en su quehacer narrativo. Recuerdo haber leído unos bellísimos cuentos de un venezolano de apellido Fajardo —me parece— titulados *Juan del cine*, y Oquendo de Amat recurre al séptimo arte en sus *5 metros de poemas*; como guiones cinematográficos de García Márquez han devenido en cuentos y la última obra de Juan Rulfo fue escrita para ser filmada.

Mas, retornando a *La destrucción del reino*, historias de bandoleros escuchadas por un niño, nos rememora que Enrique López Albújar y José Diez Canseco —entre nosotros— abordaron el mundo del bandolerismo en sus narraciones, y Esteban Pavletich obtuvo con *No se suicidan los muertos* —historias de los bandoleros de la región de Huánuco— el Premio Nacional de Novela 1959.

Gutiérrez ha llegado con esta vibrante narración a revelarnos un reino ya perdido, como lo expone al final de la misma, con la historia de la ex reina de belleza, Ella Patricia, donde nos habla de la no muy lejana expropiación de las tierras a causa de la

Reforma Agraria aplicada entre finales de los 60 y la década del 70. «El Country Club quedó sin terminar y los blancos, sin tierras y sin poder económico y político, fueron desplazados de las directivas del Rotary y el Club de Leones [...]», cuenta el novelista, mezclando realidad con imaginación, hechos pretéritos con situaciones casi recientes, pero sobre todo, un cuajado oficio de narrador.